

carta" satisfará al paladar más exigente; las habitaciones y muebles ofrecen comodidad bastante; pero las camas.... En toda Alemania he observado la singularidad de las camas. Quien no las haya visto no se las figura. Estrechas y cortas, hasta el punto de que no comprendo cómo cabe en ellas esta corpulenta gente del Norte; con una cuña debajo de la cabeza que obliga á dormir punto menos que sentado; con sábanas que no pueden sujetarse al colchón, según son de exiguas, y que están abrochadas con ojales á la manta, las camas germánicas resisten á la marea de la civilización y la invasión de la molicie. Son un potro. Hay que entrar en ellas como la carta en el sobre. Sólo conozco otras peores, las portuguesas. Y todavía no sé cuáles se llevarían el premio de quebrantabueso. Las portuguesas me parecen más duras; en cambio, en las alemanas, listo ha de ser quien dé una vuelta sin quedarse destapado. Los *amarillos*, la gente flaca, aún se arregla; pero los *colorados*..... imposible.

CARTA XXIII

DIVERSIONES—GENTE RARA

Paris, Septiembre 28.

YA he regresado á esta liorna, y por supuesto al campo de Marte. Pensé hablar de los espectáculos en otra carta, y en ésta del

elemento exótico; después he caído en la cuenta de que son una misma cosa.

Yo confieso que estos espectáculos, extravagantes y todo, o acaso por su misma extravagancia, fueron lo que más me interesó en la inmensa feria internacional, no ciertamente por el *ludibrio*, ó juego escénico, tomado como obra de arte (se me figura ociosa la advertencia), sino por aquella comezón que hoy sentimos de conocer las fisonomías de cuantas razas pueblan el globo, de enterarnos, si es posible, de sus costumbres, de penetrar en su alma. Encontrar reunidos ochocientos seres humanos venidos de los climas remotos y de los países misteriosos; verles comer, trabajar, tañer, cantar sus canciones, danzar sus danzas, representar sus dramas y sus comedias, sin necesidad de haber pasado el charco en un trasatlántico, cruzado desiertos, sufrido picotazos de mosquitos y sustos de tormentas y *simunes*, es plato muy sabroso. Si me empeñase en sostener una paradoja defendible, diría que mejor se aprecia aquí el *color local* que viajando; viajando habrá que buscarlo y encontrarlo despararramado y acaso oculto; aquí nos lo dan preparadito, porque de propósito eligieron en cada país lo más típico y saliente para regalárnoslo. Ya sé que en el fondo no es así; mi conciencia de artista protesta, y me entra escama cuando oigo decir á algún escéptico que cuantos turcos, moros y rumanos andan por aquí son todos de *Batignolles*. Para estar en lo justo, adoptemos un término medio, y creamos en la

autenticidad de mucho elemento exótico, sin negar las *contrefaçons* posibles.

¿Cómo desconfiar, v. gr., de las bailarinas javanasas, ni de los actores anamitas? ¿Qué europeo es capaz de imitarles? Por los anamitas empezaré, y dudo que quien no los haya visto se los pueda imaginar, aunque yo agote todos los recursos de la descripción. No cabe, ni en medio del delirio de una pesadilla, que la fantasía se forje visiones tan horribles, vestiglos tan espantables y monstruos tan monstruosos cual los comediantes del reino de Anam; y así como el sentido de la vista no acierta á representarse su fealdad, el del oído no adivinará nunca chillidos tan discordes y fieros, entonaciones tan desafinadas y agrias. Una chusma de gatos engarfiados tras el muro de una buhardilla en Enero, una jauría ladradora, me heriría menos el tímpano que los Calvos y Vicos de la raza amarilla. El drama de que les vi representar un fragmento se titulaba *La rosa (Ta hué)*; pero tengo para mí que debiera cambiar de nombre, y llamarse *La Cencerrada*.

Verificanse las representaciones anamitas en una sala rectangular, en que bien tendrán cabida trescientas personas; el escenario, al revés que en nuestros teatros, se encuentra más bajo que los espectadores, los cuales ocupan graderías; de modo que, salvo la forma, está dispuesta la escena anamita como uno de

nuestros circos de caballos. Los músicos de la orquesta no se colocan aparte, sino mezclados con los actores. Las decoraciones, suprimidas. El autor del drama nos dice que parte de él pasa en las nubes, en la selva, en el infierno ó en la mansión de los genios del aire; tenemos que creerlo. Suprimidas también las actrices: los papeles femeninos son desempeñados por muchachos. Como la raza amarilla no peca de barbuda, á estas actrices del género ambiguo no les da guerra la rasuración.

Las supuestas damas y los galanes reales y efectivos se parecen en la fealdad. Caras pintadas de rojo ladrillo ó del color natural del limón pasado; bocazas negras y dientes esmaltados de laca negra también; narices chatas; aspecto simíaco. Ni una actitud plásticamente bella, ni una inflexión de voz grata y humana, ni un matiz armónico en el traje, ni una expresión dramática en el rostro, ni nada; nada más que una docena de gorilas y macacos vestidos de máscara, pegando berridos y amenazando tirarse á cada minuto los trastos á la geta.

Sale uno de allí deseando perder de vista á semejantes espantajos, y convencido como nunca de que el calificativo de *noble* aplicado á la raza caucásica no es lisonja. De seguro el carricoche de Tespis, la aurora del arte escénico en nuestra civilización, no se parecería al teatro anamita más de lo que se parecerá un idolo barrigudo á la Venus de Milo.

Para sosegar un poco y reconciliarse con la gente amarilla, conviene ir de seguida al *Kompang* ó aldeita javanesa, pintoresca agrupación de chozas, edificadas por los indígenas con singular habilidad, y empleando á la vez é indistintamente los pies y las manos, según costumbre de estos asiáticos que tiran á jimios. Cincuenta ó sesenta naturales de Java habitan la colonia; tejen cestos, preparan el té y el café (el mejor café que en toda la Exposición se toma), y viven allí como en su patria. Mas lo curioso son los músicos y las bailarinas. A la entrada de la aldea encontramos ya á tres artistas, consagrados á tocar una especie de instrumento hecho con cañas, que tiene reminiscencias de la flauta de Pan. Sus recursos se limitan á tres ó cuatro notas monótonas, húmedas, frescas y pastoriles; las cañas se acuerdan del río en que nacieron, y gimen y cantan con sonido acuático. Aquello, más que música, es una voz de la naturaleza, el eslabón que enlaza el primer rudimento artístico á la sencilla realidad; poco á poco, en la imitación, irá el hombre ensanchando y dominando su reino, y de la cañaheja de Pan irán saliendo Beethoven y Wagner.

A poca distancia de los músicos se alza el palco de las bailarinas, las cuales son cinco y muy niñas todas, con ese aspecto de infancia que no pierde nunca la diminuta y delicada raza javanesa. Cuatro de las bailarinas pertenecen á la aristocracia más encopetada: son una especie de vírgenes sacras ó vestales, y el

rajá á quien pertenecen, y que las conserva como oro en paño, se ha dignado acceder á los ruegos del Gobierno holandés, deseoso de que danzasen en la Exposición; mas no sin estipular que sería religiosamente respetada la integridad de sus doncelleces. Vinieron, pues, las pobres criaturas á arrostrar las miradas impúdicas ó curiosas, á sufrir el frío que ya las tiene ateridas, á ejecutar ante europeos indiferentes, toscos ó burlones, los pasos y mudanzas del baile sagrado que aprendieran para obsequio exclusivo de alguna dorada y ensoñadora imagen de Buda.

Donde digo *pasos* y *mudanzas* debiera decir *ademanos*, porque si los javaneses construyen chozas con los pies, las javanesas bailan, en realidad, con las manos, y sólo con las manos. Los pies, los piecillos oscuros, enanos, de elegante corte, como trabajados en bronce finísimo, casi no se mueven del sitio en que se posan. Los brazos, en cambio, los magros y esbeltos bracitos, teñidos con caliente entonación de *terracotta*, y las manos de largos dedos, de aristocrática finura, desempeñan todo el baile. El cual no puede ser más decoroso, más honesto, más acompasado, más hierático: no recuerda, por cierto, la voluptuosa danza de Salomé, sino las místicas ceremonias de Salambó en adoración ante la diosa Tanit. No cabe duda: la coreografía de las javanesas tiene carácter religioso.

Ellas mismas, las bailadoras, parecen, más que mujeres armadas con las seducciones y

gracias propias de su sexo, idolitos, *bibelots* llamados á ocupar sitio en una cristalera. Tres son feas, graciosamente feas; la cuarta muy bonita, de correctas y delicadas facciones, oblicuos y graves ojos, mejillas menudas y redondas como las de las figurillas egipcias, labios puros y color de limpio cobre. Su porte es señorial, sus movimientos elegantes: su traje consiste en un paño estrecho, ceñidísimo de medio cuerpo abajo, á la egipcia también, un coselete enriquecido con bordados de oro, y una especie de mitra, ó, más bien, el tocado de las esfinges, igualmente de oro, realzado por brillantes colorines y plumas. Los instrumentos músicos que acompañan á su baile son unas como ollas ó teteras de metal, que hacen son profundo, triste y argentino, cual de campanas, y un guitarra que no sé explicar, pues no lo he visto de cerca.

Por las venas de la quinta bailadora no corre sangre ilustre, ni la adornan las galas que lucen las otras cuatro: es una mujer del pueblo, y aun creo que ramera; usa un pobre casaquillo y un paño de algodón, y entre ella y sus paisanas existe el abismo social que existiría, verbi gracia, entre unas monjas Huelgas ó Salesas Reales y una cantadora flamenca, á quienes la suerte enviase juntas allá al Indostán. Noté que las princesitas ó sacerdotisas, ó lo que sean, hablan entre sí, y no dirigen nunca la palabra á la danzarina pública. Ésta, cuando baila, tiene por compañero á un guapo mozo javanés, y la pareja no ejecuta pasos religiosos, sino ama-

torios. Los pies siempre quietos, las manos y brazos se encargan de toda la pantomima, que nada tiene de libre. En cualquier baile europeo toman mayor parte los sentidos.

Parece que un francés, sin duda asiduo lector de Pierre Loti y aficionado á la geografía erótica, se ha prendado ciegamente de una de las sacerdotisas, y va sin faltar un solo día á presenciar el baile. Sus tentativas de aproximación han sido estériles, y su muñequita de barro cocido no le hace maldito caso. Dicese que en momentos de sinceridad las javanasas declaran que les repugnan los europeos, á causa del olor desagradable que despiden, aun los más perfumados y limpios. Si reflexionamos que toda la aldea javanesa se baña cuatro veces al día, nos sorprenderá menos una afirmación tan depresiva para el amor propio de los gomosos parisienses. El baño, el cigarrillo, el té, entretienen las largas horas del destierro de las muñecas. Diviértense, además, en pintarse las unas á las otras, en teñirse los dientes con betel, y en imitar rizos en las sienes con tinta china. Y desde que ha comenzado el otoño, tiritan las pobres. Me dan mucha lástima. ¡Que las lleven, por Dios, á su templada y paradisiaca isla, donde el sol no palidece!

Con la primer ráfaga fría, toda la gente amarilla, verde, color de cangrejo cocido, gris ó negro charolado, que pulula en la Exposición,

se ha sentido invadir por la nostalgia, y ha perdido su gracia decorativa. Durante los últimos días de Julio y Agosto (este verano ha sido bastante extremo en París), daba gozo ver tanto indígena y contemplar tanto tipo raro. Había los puja-puja anamitas, empujando sus carricoches; había la aldeita del Senegal, donde se fabricaban joyas y se tejían telas, y los gaboneses, cuyas señoras renunciaron de malísima gana, en aras del pudor de los civilizados, á su sencillo traje, compuesto de un pañito como de quince centímetros y varias sartas de cuentas. Había los canacos antropófagos, que se liman los dientes para tenerlos más aguzados, y había los isaguas, que daban diariamente una función de las que más agradaron á la gente distinguida y cosmopolita que se estrujaba todas las noches á la puerta de su tienda.

Parece que estos isaguas son unos negrazos de no sé qué tribu africana, que constituyen una secta fanática y dada á la mortificación y á la tortura de sí propio como acto religioso en honor de la divinidad. Sea que el hábito de infligirse ciertos suplicios les haya curtido y habituado al dolor, sea que por medio de movimientos giratorios y pases magnéticos logren hipnotizarse y producir la anestesia local, ello es que los isaguas pinchan, rajan y achicharran en sus carnes lo mismo que si estuviesen hechas de palo. Escorpiones, lagartijas, culebras, ascuas y hojas de sable, las tragan como confites. Pasan la lengua sobre hierros candentes, refriegan la nariz sobre un brasero encendido, se

atraviesan los brazos de parte á parte con agujas gordas, se echan fuera los ojos de un golpe con las yemas del pulgar....., y otras barbaridades análogas. Todo al son de una música rara y discordante, de tambor y guitarrillo, que acelera el compás siempre que se acerca el momento de ejecutar alguna barrabasada.

Después de haber mirado con horror á aquellos diablos en figura de hombres, se debe descansar la vista con la señorita Fatma, natural de Túnez. Al pronto, cuando por ver á Fatma exigen un franco por persona, se hace caro, pues en la Exposición es baratísima la entrada en todas partes. Pero tan pronto como aparece aquel hermoso milagro de la naturaleza, se da por muy bien empleada la monedilla. ¡Cuánto más agradable es la contemplación de Fatma que la de un diorama, cosmorama ó panorama circular, de estos con que ahora nos embaucan!

Fatma, premiada con medalla de oro en no sé qué concurso de belleza (esto del premio la despoetiza algún tanto), es un tipo perfectísimo de hermosura oriental. La Haydea del poema de Byron debía de parecerse á Fatma. La cual representa unos veinticuatro años, y es morena, de ese moreno bruñido y caliente que parece bañado en ámbar y coloreado con pétalos de rosa de Alejandria. Los ojos los tiene ovals, largos, resguardados por tupidas pestañas; el mirar dulce y manso, sin frialdad; la boca es un

rubí partido, por gala, en dos. Su nariz ostenta la majestad de las narices semíticas, pero sin exageración del corte aguileño. Sus regios brazos, sus magníficas formas, su pelo como la endrina, suelto en rica mata, completan la perfección de tan soberano pedazo de hembra. Estando cansada la vista de aquellas francesas, graciosas y airosas y picantes, sí, pero huesudas, anémicas, de pobre anatomía, la noble Fatma se nos figura protesta viviente contra la mentira y el prosaísmo de la civilización, alegato en favor de las razas que saben guardar la pureza de su tipo.

He oído decir (¿a quién no se le ponen defectos?) que Fatma es *bete*, ó sea tonta de capirote. ¡Extraño repiro, cuando sólo se trata de una exhibición plástica! El talento de Fatma consiste en su color, sus hombros, su pelo. Ni crea nadie que es la de Fatma de esas caras inexpresivas é inmóviles. Su expresión es suave, amorosa, tentadora, y al mismo tiempo ingenua y cándida; y aunque esto del candor parezca incompatible con el modo de vivir de una mujer que da en espectáculo su belleza, ello es verdad, y hay una distancia inmensa entre la risa de miel de la encantadora odalisca y la sonrisa forzada, estereotipada y degenerada en mueca de las beldades venales parisienses.

Vestía Fatma túnica floja de damasco verde recamada de oro; el corpiño se abría sobre la camiseta de gasa rosa, que indiscreta jugaba sobre el bíblico seno. El faldellín de gasa blanca tramada de plata envolvía en sus pliegues

el redondo tobillo, rematado en pie no pequeño, nunca desfigurado por la botina europea, libre y bien delineado como el de las estatuas. En la cabeza no llevaba birrete ni sarta de zequíes, sino una guirnalda de amapolas y no sé qué joyas orientales. Cuando bajó del estrado y se acercó al público para bailar la danza del Serrallo, sus movimientos eran más armónicos y su actitud más decente que nunca. Pensaba yo que los franceses tienen la sangre de horchata y el alma de cántaro, porque al empezar á bailar tan preciosa criatura, ni siquiera dijeron "bendita sea tu madre." Aquí, si baila Fatma, arrojarán á la escena sombreros; y si la ve Zorrilla, á pesar de los años, desenfunda nuevamente la guzla del ravi y le dedica media docena de kásidas, con aquello del ramo de mirra, búcaro fresco lleno de olores y otros piropos de su musa mora.

*
*
*

Para ir acercándome á los espectáculos españoles, diré algo de la famosa *danza del vientre*, que ejecutan las bailarinas egipcias ó *almeas*, aquellas de quienes afirmó Gerardo Nerval que hacen soñar con el paraíso (sea todo por Dios). No hay que confundirlas con las bayaderas indostánicas, pues son mujeres de condición muy distinta. La bayadera es una mezcla de sacerdotisa y cortesana; consagrada al culto de la diosa Ramba, la Venus del Olimpo indostánico, la vida airada es para ella una

especie de rito religioso. La almea no tiene nada de sacerdotisa; no pasa de una saltarina alquilona, que ameniza las bodas, los banquetes y hasta los entierros mahometanos.

La danza del vientre es nuestro baile flamenco en estado de larva, sacudiendo en vez de las caderas el abdomen y omitiendo el quiebro saladísimo, como si dijésemos, la pimienta y canela de esa danza. Que no es bonito ver á una mujer casi inmóvil y con la tripa convulsa, me parece ocioso decirlo. Tendrá todo el color local que se quiera; pero no tiene maldita la gracia.

Verificanse estos bailoteos en una barraca, á cuya puerta se ve una especie de jaulón distribuído en departamentos, en los cuales dormita ó se aburre parte de los *artistas* de la *troupe*; un camafeón, un mono, una serpiente enroscada y probablemente abotargada de frío, á pesar de que los demás nos derretiamos de calor. En la representación toma parte gente de dos razas: los egipcios, aceitunados, esbeltos, ojinegros, parecidísimos á los gitanos españoles, y los nubianos, negros, fornidos, lanudos, chatos de nariz, abultados de labios y con espejillos y colgajos entre las tupidas greñas del cabello. Estos tales tienen por vestiduras un cinturón de conchas y caracoles de más de cuarta y media de ancho; deben de estar las conchas ensartadas en algún hilo ó bramante; son tantas, que hacen mediano bulto, y desde cierta distancia, figuran greguescos. Cuando los nubianos salen á danzar, suena la música,

una especie de tambor cilíndrico y una como mandolina de dos cuerdas; el acompañamiento consiste en el propio teclateo del cinturón de conchas, amén de los golpes de las lanzas sobre los escudos, pues la danza nubiana es guerrera, y fingen atacarse, herirse, retroceder, huir. Les siguen las mujeres, y al compás de la propia desapacible tocata y de unos crótalos de metal que llevan en las palmas escondidos, tejen las figuras de su barrigudo baile. Los que están sentados en el fondo del escenario, las jalean por medio de un grito angustioso y gutural, unas coplas doloridas, cuyo significado ignoro. Entre los instrumentos músicos he observado una cítara de forma antigua igual del todo á las que se ven en los jeroglíficos y sepulturas de Menfis.

* * *

Cierto día, teniendo que ir á la tienda de un electricista, en la calle de Bondy, el cochero, ó por entender mal las señas, ó por figurarse que á una española no se le perdía nada con la electricidad, me llevó en derecha á un cafetín de sospechoso aspecto, sobre cuya muestra, en letras como puños, se leía este rótulo bilingüe: "Posada de las Gitanas. Al rendez-vous de los caballeros." Así que el hombre hubo parado, volvióse hacia mí muy risueño, y me dijo: *C'est ici. Nous voilà en Espagne.* "¡Buena!" pensé yo. "Pues ahora no me voy de aquí sin saber en qué consiste el *rendez-vous* de los ca-

balleros." Eché pie á tierra y entré en el cafetucho, y resultó que el *rendez-vous* era bailar allí todas las noches unas flamencas españolas, de lo más derrotado de nuestros tugurios. Ningún periodista había hablado del dichoso *rendez-vous*, y supongo que no tendrían más público que los obreros de aquel extraviado barrio. Pero ¡oh inestabilidad de la fortuna! ¡Oh diversidad de los destinos humanos! De allí á poco anunció la prensa con bombo y platillos que iban á llegar al Campo de Marte las gitanas de Granada y *su capitán*; y el teatro en que se exhiben hallóse convertido en verdadero *rendez-vous*, no sólo de *los caballeros*, sino de damas ilustres y celebridades europeas. Ningún espectáculo exótico tan favorecido por la *crema* ó nata. *El Figaro* publicaba diariamente listas de nombres á cual más empingorotados.

Pues bien: yo apostaré que, en cuanto al arte, y si me apuran en cuanto á prendas personales, no llevan ventaja las gitanas de la Exposición á las del cafetucho de Bondy. Hasta he llegado á sospechar si serán las mismas. Porque las de la Exposición se pasan de feas, traperas, descocadas, inhábiles en bailar y aguardentosas en cantar. La *estrella* de la compañía es la *Macarrona* (¡vaya un nombre para gitana! ¡Si dijese *Macarena!*) la cual baila un poco mejor y no carece de sandunga; así es que los espectadores la consideran una huri, una *Carmen*, y se pirran por sus pataditas y sus quiebras. El resto de las gitanas repito que

no colaría por acá, ni tiene que ver con las famosas bailadoras de Silverio y otras *artistas* de lo fino del género, en que caben muchos grados y hay seda y estopa.

Convencidas, tal vez por exhortaciones del empresario, de que el *carácter* es la exageración y la grosería, las gitanas del Campo de Marte toman cada postura y se permiten cada desplante, que abochorna. Los que las jalean, compiten con ellas en descaro, y en lugar de canciones flamencas, sirven al público coplillas de zarzuela del repertorio antiguo. El día que yo estuve allí, cantaban muy formales: "No asomes en la playa..." etc., etc.

CARTA XXIV

EL TEATRO EN FRANCIA.—SARA
BERNHARDT

Paris, Octubre 1.º

CUANDO Napoleón el Magno celebró en Erfurt su decisiva conferencia con el Zar de Rusia, se había llevado consigo á Talma, prometiéndole un auditorio de reyes. Más feliz aún que el excelso trágico, reformador de la escena francesa, Sara Bernhardt debió á la Exposición un auditorio universal procedente de ambos hemisferios del globo.

Y no obstante, si pudiese resucitar Talma, y